



LIT. VIDAL, OLMO 29

J. SERRA LIT.

INGENDIOS Y SAQUEOS LLEVADOS Á CABO POR MUNTZER Y SUS GENTES.

L47  
3960



## CAPITULO XXXIII.

Estado de Alemania mientras tenian lugar los anteriores sucesos.—La Dieta de Nuremberg.—Deslealtad de Francisco I.—Confederacion contra Carlos.—Insubordinacion del ejército de Italia.—Tres mil españoles penetran en Roma.—Tratado entre Clemente VII y el virey de Nápoles.

LA marcha rápida é importante de los acontecimientos de que hemos tenido precision de ocuparnos en los anteriores capítulos, nos ha impedido fijar nuestra atencion en Alemania, donde los sucesos habian ido revistiendo tambien un carácter de gravedad extraordinaria.

En 1523 se reunió la Dieta de Nuremberg, y el partido luterano adquirió nuevas y mayores fuerzas con las quejas y graves acusaciones que en ella se lanzaron contra la corte de Roma, viéndose el legado pontificio obligado á dejar su puesto en vista del mal sesgo que tomaban los negocios.

Doloroso fue el efecto que semejantes noticias produjeron en Adriano VI, que falleció sin haber podido realizar su deseo de ver terminadas las diferencias que dia por dia se iban acentuando mas.

Clemente VII, su sucesor, vió el peligro en toda su gravedad, y comprendiendo lo urgente que era el contrarrestarle, envió inmediatamente á su legado Campeggio á la Dieta, que por segunda vez se habia reunido en Nuremberg.

No era fácil, dado el punto á que habian llegado las cosas, encontrar un medio hábil de conciliacion. La Dieta exigia la reunion de un Concilio general que dirimiera los agravios que suponía recibidos de Roma, y como que al Pontífice no le convenia esto, no mostraba disposiciones para acceder, y aun cuando el legado apostólico hizo cuanto de su parte estuvo, tomando diversas medidas, bastante acertadas, para reformar las costumbres del clero inferior, fueron ineficaces para combatir el mal, y los luteranos siguieron sembrando sus perniciosas doctrinas y aprovechándose de todos los pretextos que podian.

Los príncipes se atrevieron con las propiedades eclesiásticas, y como el mal ejemplo cunde con tanta rapidez, rotos ya todos los frenos, el bajo pueblo creyó que él tenia igual derecho que los príncipes, y las frases de libertad resonando en sus oídos, y los cuadros que á cada momento presenciaba, le extraviaron por completo.

La lucha eterna del pobre contra el rico estalló, por fin, y en Suavia, donde dió comienzo la insurreccion, ocurrieron escenas verdaderamente horribles.

Presto se propagó el incendio; la muchedumbre, alucinada por utópicos visionarios, declaró la guerra á todo lo existente, á la propiedad y á la Iglesia, á la ciencia y á la riqueza; atropellándolo todo, escarneciendo lo mas digno de respeto, apoderándose de cuanto encontraba y destruyendo lo que le oponia resistencia.

En la Turingia, los aldeanos fanatizados por Muntzer, destruyeron á Mulhausen y atrajeron á su bando á los mineros de Mansfeldt; la Alsacia, la Lorena, el Tirol, la Carintia y la Stiria presenciaron todos los horrores consiguientes á un desbordamiento de las masas ignorantes, hambrientas y alucinadas, siendo necesario que la inminencia del peligro reuniese á los príncipes, tanto católicos como luteranos, para oponerse á aquel destructor torrente.

El mismo Lutero, que acababa de casarse con Catalina Boré, monja á quien habia arrebatado de su convento, decia que aquellas gentes solo eran dignas de ser tratadas como perros rabiosos, y animaba á todos los príncipes contra ellos, y todas las comarcas alemanas vieron inundadas de sangre por efecto de la lucha enérgica y terrible entablada entre el pueblo y la nobleza.

Desde 1524 á 1526, las escenas de desolacion sucedieron con una rapidez extraordinaria en aquel país, y aun cuando el Emperador quiso en mas de una ocasion acudir á poner remedio á aquel mal, las complicaciones que á cada momento surgian, y de las cuales ya nos hemos hecho cargo, se lo impidieron constantemente.

La victoria de Pavía y mas tarde el tratado de Madrid, hicieronle entrever la ocasion de poder ocuparse de los negocios de Alemania con el interés que requería su importancia; pero todos sus buenos deseos se estrellaron ante la deslealtad de Francisco, que, negándose á cumplir los artículos mas importantes de aquel tratado, á la vez que se ponía en relaciones amistosas con el rey de Inglaterra, procuraba aliarse con varios soberanos de Italia para hacer ventajosamente la guerra á los imperiales.

Estos, entre tanto, tenian puesto cerco al castillo de Milan, en el cual estaba Sforza, y como que las pagas estaban tan escasas, el país sufría las consecuencias de esto, viéndose terriblemente esquilado en fuerza de las exorbitantes contribuciones que sobre él pesaban.

Era creencia general que siendo insostenible la existencia del ejército imperial en aquel territorio, despues de posesionado del castillo, era lo mas probable que se dirigiese hácia los Estados del Papa ó á los de Venecia que todavía no habian sufrido las consecuencias de la guerra.

Temerosos de esto los venecianos y el Pontífice, apresuráronse en union de Sforza á firmar con el rey de Francia un tratado en 22 de mayo de 1526, que se llamó el tratado de Cognac, dándosele el nombre de *Liga Santa*, para hacer la guerra al Emperador.

El rey de Inglaterra declaróse protector de esta liga, bajo la oferta de un principado en Nápoles y otro estado en Italia para el cardenal Wolsey, que cada vez estaba mas enemistado con Carlos.

Todos los aliados se comprometian, en el caso de que no dieran favorable resultado las negociaciones que iban á emprenderse para obtener la libertad del Delfin y del duque de Orleans mediante una crecida cantidad, y para que el de Sforza quedase en pacífica posesion del ducado de Milan, á poner en campaña un ejército de cuarenta mil hombres con objeto de arrojar de Nápoles y del Milanésado á los españoles.

Al tener Carlos noticias de esto, arrepentido y pesoso de haber dejado en libertad á un enemigo tan tenaz y desleal, apresuróse á procurar hacer frente á aquella liga formidable que creyó de buena fe conjurada con la libertad de Francisco.

Antes de todo envió á Francia á Lanoy y Alarcon, exigiendo de aquel Monarca el cumplimiento de lo estipulado, y de no, que en virtud de aquellas mismas estipulaciones se constituyera de nuevo prisionero en Madrid.

Francisco se negó ofreciendo en vez de la devolucion de la Borgoña, la cantidad de dos millones de escudos, mas los embajadores no quisieron aceptar semejante arreglo, y la guerra quedó declarada.

Carlos procuró entonces reunir soldados y dinero para enviarlos á Italia, y en virtud de sus instrucciones, el duque de Sesa y don Hugo de Moncada procuraban en Italia ganar por completo á su partido á la familia de los Colonnas, cuyo jefe, que á la sazón lo era el cardenal Pompeyo, estaba irritado contra Clemente, porque en el último cónclave habia sido elegido pontífice cuando mas confiado estaba en obtener esta dignidad.

Toda la actividad de que tanto el Pontífice como los venecianos dieron muestras, lanzando inmediatamente sus tropas al campo, se estrelló ante la pereza de Francisco, abandonado por completo á los placeres, y merced á esta especie de irresolucion, Carlos pudo reunir tropas y dinero, que bajo el mando de Borbon envió á Italia, viéndose obligado Sforza á rendirse en 24 de julio, y retirándose á Lodi, plaza que estaba en poder de los aliados.

Francisco, entre tanto, continuaba sus negociaciones con Carlos para procurar rescatar los rehenes que este tenia en su poder, y al saber esto los italianos, temieron verse ellos solos en riesgo, y especialmente el Papa, arrepentido de haberse comprometido mas de lo que debía, trató de tornar á su antigua actitud expectante, que constituía la base de su política.

Por desgracia no le fue posible sostenerse en ella mucho tiempo. Merced á una conspiracion perfectamente urdida y llevada con extraordinario sigilo, y en la que tomó parte muy activa la familia de los Colonnas, D. Hugo de Moncada al frente de tres mil españoles y napolitanos, penetró inopinadamente en Roma el 29 de setiembre.

La guardia pontificia, incapaz de oponer resistencia, se dispersó, el Pontífice hubo de refugiarse en el castillo de San Angelo, y la soldadesca saqueó el Vaticano y las casas de los ministros mas adictos al Papa.

Este no tuvo otro remedio que capitular bajo las condiciones de perdonar á los Colonnas y ajustar una tregua de cuatro meses con el Emperador, regresando los españoles á Nápoles.

Reforzado entre tanto el ejército del Emperador con siete mil hombres al mando de Lanoy y de Alarcon, y por catorce mil alemanes acaudillados por el luterano Jorge Frondsberg, fue necesario para contentarles, puesto que reclamaban con insistencia sus pagas, que el condestable Borbon recurriese á medios un tanto extremos para proporcionarles los recursos de que carecia.

El canciller Moron, de quien nos hemos ocupado en otro lugar, y que estaba preso y condenado á muerte, fue puesto en libertad mediante la suma de veinte mil ducados, y como quiera que el Pontífice cometió la ligereza en aquellas circunstancias de romper el compromiso contraído con el Emperador, persiguiendo á los Colonnas, degradando y excomulgando al cardenal Pompeyo, pidieron auxilio estos al virey de Nápoles, y presto las tropas españolas se dirigieron hácia Roma; mas el rigor de la estacion las obligó á detenerse en los confines del reino de Nápoles frente á los soldados del Pontífice.

Borbon, entre tanto, cada vez mas asediado por sus soldados que le pedian pagas, que no podia darles, decidió llevarles á los Estados pontificios, y dejando á Leiva en el gobierno de Milan púsose en marcha en el rigor del invierno, devastando el país que atravesaba.

Roma y Florencia eran las ciudades amenazadas, y el Pontífice se hallaba fluctuando acerca del partido que podría tomar, hasta que, ante la inminencia del peligro, decidióse á entrar en negociaciones con Lanoy.

Resultado de estas fue un tratado por el cual Clemente VII habia de adelantar la cantidad de setenta mil escudos para pagar al ejército; los Colonnas habian de quedar absueltos de todas las censuras contra ellos fulminadas, siendo restituidos en sus bienes y dignidades; que se ajustaria una tregua de ocho meses entre el Papa y Carlos, y que Lanoy impediria á Borbon que continuase su marcha sobre Roma.

Clemente, creyendo tambien que el mejor medio para desarmar á sus contrarios era renunciar á su bélico armamento, licenció sus tropas, quedándose reducido á un corto ejército.





J. SERVA. D.T.

LIT. VIDAL, OLMO 29.

ASALTO DE ROMA.— MUERTE DEL CONDESTABLE DE BORBON.



## CAPITULO XXXIV.

Disgusto de Borbon por el tratado entre el Pontífice y Lanoy.—Asalto de Roma y muerte del Condestable.—Prision del Papa.—Saqueo de Roma.—Conducta de Carlos ante aquellos sucesos.—El príncipe D. Felipe es reconocido como heredero de la corona de Castilla.—Cortes de Valladolid y de Monzon.—El Emperador se embarca en Barcelona.

IMPOSIBLE le fue á Lanoy cumplir el contrato que hiciera con el Pontífice, pues el ejército de Borbon, que ya saboreaba, por decirlo así, el pingüe botín que esperaba recoger en los Estados pontificios, llenóse de ira al tener noticia de aquel convenio, y fue imposible hacerle entrar en razon.

Por otra parte, el condestable Borbon, resentido á su vez porque Lanoy habia ajustado una tregua sin su consentimiento, al recibir el correo en que aquel le participaba lo que hiciera ordenándole que suspendiera su marcha, le contestó que él no recibía órdenes mas que del Emperador.

Y consecuente, tanto con su primitivo plan, cuanto impulsado por sus propios soldados, continuó su marcha dirigiéndose hácia Florencia.

Mas socorrida á tiempo esta plaza por el duque de Urbino, no pudo el Condestable realizar su propósito, y entonces decidió caer sobre la Ciudad eterna, suponiendo que el Emperador habia de agradecerle que abatiera el orgullo del Pontífice, y lisonjeado al par por el ruido que su empresa no podia menos de producir, y por la fama que necesariamente habia de darle. Léjos estaba de figurarse que su proyecto habia de costarle no menos que la vida, cuando arengaba á sus tropas animándolas á emprender el camino de Roma.

Siguióle su ejército lleno de entusiasmo, y la marcha se verificó con tanta rapidez, que el 5 de mayo se hallaba ya á la vista de la ciudad.

Entonces comprendió Clemente lo difícil de su situacion, y se aprestó para la defensa, lanzando sobre los enemigos toda clase de execuciones, apellidando luteranos á los alemanes, y tratando de moros á los españoles; pero ni unos ni otros hicieron caso de ellas, preparándose para el asalto, que tuvo lugar el dia 6 de mayo.

En las primeras horas de su mañana presentóse Borbon á sus soldados completamente armado, llevando encima de sus armas una sobrevesta blanca al objeto de ser perfectamente reconocido por ellos.

Dividido el ejército en tres cuerpos, uno de italianos, otro de españoles, y el tercero de alemanes, dispuso que el asalto se verificase simultáneamente por tres puntos distintos.

Merced á una espesa niebla, pudieron los imperiales llegar hasta el borde del foso, y una vez allí, arrojáronse sobre los muros.

Pero la guardia suiza del Papa y los veteranos que los defendian, de tal modo les contestaron, que les obligaron á retroceder sin atreverse á emprender de nuevo la accion.

Entonces el Condestable, comprendiendo que ha llegado el momento decisivo, coge una de las escalas, la apoya en el muro, y comienza á subir por ella.

Las balas enemigas llueven sobre él, hasta que finalmente, una de ellas le atraviesa el cuerpo y cae al suelo en medio de sus tropas.

Semejante catástrofe, que hubiera desanimado á otros soldados, en los suyos produjo el efecto contrario; enardeciéronse mas, y deseando vengar aquella muerte, á los gritos de *Sangre y Venganza* escalan los muros, arrollan cuanto se opone á su paso, y se derriban por las calles de Roma sembrando la consternacion y el espanto.

Nada contiene á aquella soldadesca desenfrenada; el Pontífice y los Cardenales refugiáronse en el castillo de San Angelo, y el ejército imperial se hace dueño de la ciudad, entregándose á los mas reprobables excesos.

El saqueo, el incendio y la muerte iban con él, y como dice un escritor de nuestros dias, «la Ciudad eterna presenció escenas, cual no habia visto desde los tiempos de Alarico y Genserico.»

Al filo de la espada de los vencedores perecieron, durante el primer dia, de siete á ocho mil romanos, no respetándose ni el sagrado de las iglesias, ni lo pacífico y respetable del hogar doméstico.

Los luteranos aclamaron por papa á Martin Lutero, siendo tantas y tales las profanaciones y abominables excesos llevados á cabo por aquellas indisciplinadas turbas, que horroriza la descripcion que de ellas hacen los relatos contemporáneos.

Por muerte del condestable de Borbon, tomó el mando del ejército Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, que proscrito y francés, servia al Emperador, y gran trabajo hubo de costarle separar á los soldados del pillaje para dirigirles contra el castillo.

Clemente esperaba que sus aliados acudirian en su socorro, pero como que cada uno de ellos trabajaba por su cuenta, aun cuando el duque de Urbino pasó al frente de sus tropas por cerca de Roma, prefirió, á marchar en auxilio del Papa, dirigirse á buscar á sus enemigos, los Médicis, para vengarse de ellos.

Viéndose entonces en tal abandono, Clemente, que supo que en Florencia se habia proclamado la república desposeyendo á su familia de aquel estado, y sin amparo de nadie, no tuvo otro remedio que capitular, comprometiéndose á entregar al Emperador todas las plazas fuertes que poseia, á pagarle cuatrocientos mil ducados para el mantenimiento del ejército, y á quedar prisionero hasta el cumplimiento de lo pactado, bajo la custodia de Alarcon.

Extraordinario fue el efecto que en Europa causó la noticia de

lo ocurrido en Roma, siendo tales los excesos que de aquella entrada se contaban, que hasta los mismos luteranos de Alemania no pudieron menos de reprobarlos.

Precisamente en los momentos que las nuevas de aquel acontecimiento llegaban al Emperador, preparábanse en España grandes festejos para solemnizar el nacimiento del primogénito de Carlos, que habia dado á luz su esposa en 21 de mayo.

Inmediatamente se suspendieron todas las fiestas y el Emperador vistióse de luto, igualmente que la corte, escribiendo al Papa condoliéndose de lo ocurrido.

Seguramente el Emperador, en los primeros momentos, participó del sentimiento general de asombro y de dolor que se esparció por toda la Europa, y aun cuando despues el monarca político se sobrepuso al monarca católico, necesario es convenir, que ni sabia nada respecto al proyecto de Borbon, ni podemos asegurar que dejase de sentir verdadero pesar por lo ocurrido.

Ordenó que inmediatamente se hicieran rogativas en todas las iglesias de sus estados por la pronta libertad del Pontífice, y dió un manifiesto á la Europa, en el cual protestaba de lo ocurrido, condenando cuantos abusos y excesos cometieran sus tropas en la capital del mundo cristiano.

Mas á pesar de esto, no podemos menos de decir, que lo mas lógico hubiese sido dar órden inmediatamente para poner en libertad al Papa, pero la razon política le obligó, sin duda, á desmentir con sus hechos lo que afirmaba con sus palabras.

Comprendió que estaba en situacion de sacar provecho de aquel inesperado acontecimiento, y sin temor á la nota de inconsecuente en que incurria, dejó que el Papa continuara preso, mientras que ordenaba se hiciesen rogativas por su libertad.

En el año de 1527, celebró Carlos Cortes en Valladolid, Cortes que, como la mayoría de las de aquel reinado, no tenian otro objeto que el de pedir fondos para sostener aquellas costosísimas guerras.

La falta de dinero ocasionaba excesos como los que á cada paso estaban presenciándose en Italia, y la España no podia votar los subsidios que para aquello se necesitaban, por lo gravados que ya estaban los pueblos.

En las Cortes de Valladolid, á pesar de haber manifestado el Monarca la situacion en que sus armas se hallaban, los triunfos que habia alcanzado, los temores que causaba la conducta del rey de Francia y el grave cuidado que inspiraban á la Europa las victorias del turco en Hungría, y que, por lo tanto, era necesario que levantasen las sumas que creyeren convenientes, negaron tal demanda, y aun cuando lo mismo el clero que la nobleza y que los procuradores pusieron á disposicion del Monarca sus vidas y haciendas, comprendiendo que los pueblos no podrian pagar, no accedieron á la concesion de ninguna clase de subsidio.

Reunidas de nuevo las Cortes en Madrid en abril de 1528, verificóse en ellas la ceremonia del reconocimiento del príncipe de Asturias D. Felipe, que contaba once meses á la sazón, prestando la nobleza, el clero y los procuradores el juramento acostumbrado.

Con este motivo celebráronse grandes festejos, desquitándose el pueblo de los que con motivo de lo ocurrido en Italia se le prohibieron, y el Emperador marchó á Valencia, donde, en 4 de mayo, recibió el juramento de fidelidad de los tres estados de aquel reino.

En 1.º de junio abrió en Monzon las Cortes, que con igual motivo celebraban los aragoneses, y en ellas, despues del discurso de costumbre, pidió el Monarca que á su primo el duque de Calabria D. Fernando de Aragon, se le habilite para que en su nombre las continuase, puesto que él iba á salir del reino.

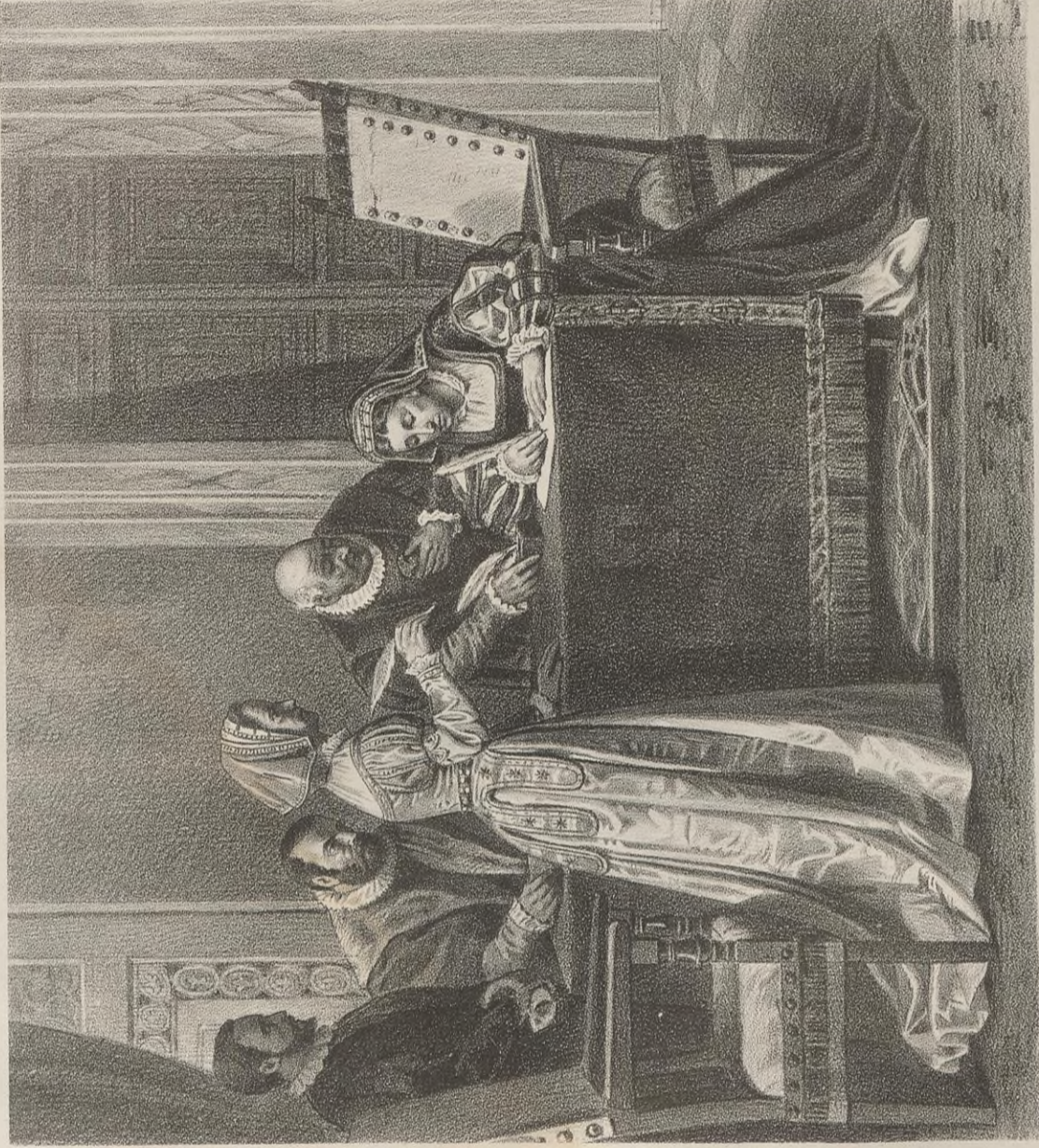
Accedieron á ello los diputados, haciendo á su vez varias peticiones que fueron concedidas, como la de que todos los empleados del reino fueran naturales de él, que se corrigiesen ciertos desmanes cometidos por los ministros del Santo Oficio, que se dispensasen algunas fiestas teniendo en cuenta la esterilidad de la tierra, que se pudiesen sacar caballos de Castilla para llevarlos á Aragon, etc.

Al mismo tiempo, y convencidas las Cortes de los apuros del Monarca, acordaron concederle un subsidio extraordinario de doscientas mil libras, por aquella vez solamente, y con las reservas de costumbre.

Trasladadas las Cortes á Zaragoza, el Emperador ratificó en esta ciudad el nombramiento de Juan de Lanuza como lugarteniente suyo en el reino de Aragon, y condescendió en construir á su costa el *Canal Imperial* para el riego, que tantos beneficios produjo al país, marchando despues á Barcelona, donde supo halagar en gran manera á los catalanes, prefiriendo, como dijo, ser recibido por ellos como conde de Barcelona que como emperador; y celebrando Cortes en esta ciudad, en 28 de julio de 1527 se embarcó para Italia, dejando por gobernadora del reino á la emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel, y llevando una flota de mas de sesenta naves, en las que iban ocho mil soldados y un lucido cortejo de caballeros españoles.

Antes de seguir al Emperador durante su viaje y hechos subsiguientes á él, debemos manifestar las causas que le produjeron, causas que como fácilmente se comprende, estaban íntimamente relacionadas con el saqueo de Roma y la prision del Pontífice, lo cual será objeto del capítulo siguiente.





LIT. VIDAL, OLMOS 22.

J. SERRA LIT.

TRATADO DE CAMBRAY, LLAMADO DE LAS DAMAS.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO XXXV.

Causas que produjeron la marcha del Emperador.—Efectos de su estancia en España.—Sucesos ocurridos en Italia despues de la prision del Pontifice.—Declaracion de guerra al Emperador, por los reyes de Francia é Inglaterra.—Negociaciones de Clemente VII con Carlos.—Andrés Doria se pone al servicio del Emperador.—Recobra el Pontifice su libertad.—Tratado de Cambray llamado de las Damas.

LA noticia de los graves sucesos ocurridos en Roma hizo que Francisco I saliese de su abatimiento, y que el rey de Inglaterra arrojase de una vez el antifaz con que hasta entonces se encubriera. Persistiendo este en su propósito de repudiar á su esposa D.<sup>a</sup> Catalina de Aragon para contraer nuevas nupcias con Ana Bolena, esperaba conseguirlo del Pontifice, y como se le presentaba una ocasion propicia para captarse sus simpatías y su benevolencia, decidió aprovecharla.

Con tal fin se reunieron en Amiens, en 18 de agosto de 1527, el rey de Francia y el cardenal Wolsey en representacion del de Inglaterra, y ajustaron un tratado por el cual ambos se comprometian á rescatar al Papa y á los principes flamencos, acordándose el matrimonio del duque de Orleans con la princesa María de Inglaterra, y enviando Francisco, á su vez, á Italia un ejército bajo el mando de Lautrec, el cual seria sostenido por Enrique VIII.

El Monarca francés, vehemente é impetuoso en todas sus resoluciones, para captarse mas las simpatías de Enrique, en contra de Carlos á quien odiaba, renunció todas sus pretensiones respecto á los estados ingleses mediante una pension anual.

Clemente, entre tanto, continuaba en Roma prisionero, y la capital del orbe cristiano seguia entregada á aquella indisciplinada y rebelde soldadesca, á quien no podian reducir á la obediencia, ni el virey Lanoy, ni Moncada, ni el marqués del Vasto que habia acudido con tropas desde Nápoles.

Lanoy, viendo lo infructuoso de sus esfuerzos, regresó á Nápoles, falleciendo al poco tiempo en Gaeta; el príncipe de Orange tambien tuvo que retirarse, quedando D. Hugo de Moncada por general en jefe y virey de Nápoles, pero á pesar del prestigio que disfrutaba en el ejército, no pudo conseguir que los soldados salieran de Roma para oponerse á los progresos de Lautrec, que al frente de las tropas francesas, y auxiliado por el famoso marino Andrés Doria, acababa de restablecer en Génova á los Fregosos, y con ellos la dominacion francesa se habia apoderado de Pavía y se dirigia hácia Roma.

Carlos comprendió que era necesario poner en libertad al Papa, y le exigió que le diese, ya que no toda la estipulada, al menos la cantidad necesaria para pagar á la soldadesca, á fin de hacerla salir de la ciudad, á lo cual accedió Clemente, viéndose obligado para reunir la primera cantidad á vender los oficios eclesiásticos; y aprovechándose de la pequeña libertad de que disfrutaba desde la celebracion del convenio, se escapó de Roma á favor de un disfraz el dia 9 de diciembre de 1527, y pudo llegar á Orvieto.

Entre tanto llegaron á Madrid los embajadores de Francia é Inglaterra, y á pesar de que el Emperador modificó algunas de las condiciones del tratado de Madrid, rechazó el francés toda avenencia halagado por los triunfos de Lautrec en Italia, y tuvo tales exigencias, que Carlos, arrepentido de su anterior condescendencia, declaró que no haria mas que lo prometido.

Entonces quedó declarada la guerra con todas las formalidades usadas en semejantes casos, contestando Carlos al embajador de Inglaterra con extraordinaria cortesía, que contrastó notablemente con las duras y enérgicas frases que dirigió al de Francia.

Francisco le contestó únicamente que habia mentido y que le asegurase campo y eligiese armas, y Carlos al recibir este cartel de desafío en 8 de junio, aceptó el reto, señalando para lugar de combate un punto entre Fuenterrabia y Hendaya.

Sin embargo, este duelo no tuvo efecto, porque despues de varios mensajes, el rey de Francia se negó á oír al heraldo que Carlos le envió, y el Consejo de Castilla, consultado por el Emperador, dijo, que este habia cumplido con lo que su honor exigia, mientras que el rey de Francia, negándose á escuchar al heraldo, demostraba querer apartarse del combate, por lo cual no debia enviársele ningun otro mensaje.

Aprovechándose entre tanto Lautrec de la inaccion en que se hallaba el ejército imperial de Roma, dirigióse al frente de treinta mil hombres sobre Nápoles, y entonces, á fuerza de instancias, el príncipe de Orange, que habia vuelto á encargarse del mando, pudo conseguir que abandonasen los soldados la ciudad donde permanecieran por espacio de diez meses.

Las tropas imperiales quedaron reducidas á la mitad, tanto por la peste cuanto por sus mismos excesos, y fueron á replegarse á la capital, que, con la plaza de Gaeta, era lo único que quedaba á los españoles de aquel estado.

Lautrec presentóse ante Nápoles en abril de 1528, y dió comienzo al bloqueo por la parte de tierra, mientras las galeras de Andrés Doria, mandadas por su sobrino Filipino, asediaban el puerto.

Moncada, decidido á atacarlas, embarcó en los buques que tenia lo mas escogido de sus tropas, llevando consigo al marqués del Vasto, pero en el combate que hubo de sostener en 28 de mayo, no le favoreció la fortuna, y perdiendo la vida en él, quedó prisionero el del Vasto y sus mejores oficiales.

Todo parecia proteger á los franceses, y sin embargo, la liga estaba á punto de disolverse, puesto que Clemente VII habia entablado ya negociaciones con Carlos al objeto de restablecer á su fa-

milia en Florencia: los venecianos miraban con recelo las victorias de los franceses, y Enrique de Inglaterra, para templar algo los clamores de sus vasallos, no tuvo otro remedio que celebrar una tregua con los gobernadores de los Países Bajos.

Francisco I, olvidado del ejército que tenia en Italia, se abandonaba á los placeres, dejando á aquel sin recursos y diezmado por la peste, cometiendo finalmente la imprudencia de enemistarse con el genovés Andrés Doria, á quien trató de prender, y que, solicitado por el marqués del Vasto, pasóse al servicio del Emperador.

Bien pronto tuvo ocasion Francisco de comprender la ligereza que cometiera. Andrés Doria, al frente de su escuadra, dirigióse en socorro de Nápoles, y el ejército francés, que bloqueaba la plaza, se vió á su vez privado de todos los recursos y casi sitiado.

Para hacer mas afflictiva su situacion, la peste se cebaba en él de tal modo, que en breve no quedaron sino cuatro mil soldados en disposicion de tomar las armas, sucumbiendo el mismo Lautrec, víctima de aquella horrible epidemia.

Su sucesor, el marqués de Saluzzes, emprendió la retirada hácia Aversa, abandonando sus enfermos, bagajes y artillería, huyendo de la persecucion del príncipe de Orange, en la cual cayó prisionero el célebre Pedro Navarro, que como sabemos, servia en el ejército francés, y el cual fue á terminar su existencia en el castillo del Ovo en Nápoles.

En Aversa fue atacado el marqués de Saluzzes por el príncipe de Orange, y herido, no tuvo otro remedio que rendirse, siendo conducidos á Francia sus soldados sin armas y sin banderas.

Bien pronto fue Génova recobrada, y aun cuando Carlos trató de dársela por premio á Andrés Doria con el título de príncipe, este prefirió ser el primer ciudadano de una ciudad libre, y Génova tornó á recobrar su antigua república.

Tampoco fue muy feliz Francisco en el Milanesado, donde Antonio de Leiva, á pesar de tener que ser conducido por sus soldados en una litera á consecuencia de sus achaques, sorprendió al conde de Saint Paul, le hizo prisionero y destruyó todo su ejército.

A pesar de la diferencia de posicion, ambos monarcas deseaban la paz.

El rey de Francia necesitaba reparar los descabros que sufriera y volver á estrechar entre sus brazos á sus hijos, mientras que el Emperador veia que los españoles se quejaban y con razon, de que la guerra pesaba en su mayor parte sobre ellos, y tenia necesidad de atajar los progresos que la reforma hacia en Alemania, y de atender á los triunfos de Soliman, que acababa de vencer á los húngaros en Mohacz y amenazaba á Viena, deseando tambien Carlos que el Papa le diese por su propia mano la corona de oro.

El Emperador y el Pontifice fueron los que primeramente llegaron á un acuerdo, ajustándose entre ambos en 20 de junio de 1529, estando el primero en Barcelona, un tratado, por el cual, entre otras cosas, quedaba acordado: que Clemente dejaria expedito el paso por sus estados al ejército imperial de Nápoles; que ceñiria á Carlos la corona, dándole en feudo el reino de Nápoles sin otro tributo que el de una hacanea blanca cada año; que el duque Sforza quedaria sujeto al fallo de jueces imparciales; que el Emperador procuraria que tornasen á poder de la Santa Sede todas las poblaciones que le arrebataron los venecianos y el duque de Ferrara, restableciendo en Florencia la familia de los Médicis; que serian absueltos cuantos tomaron parte en el asalto de Roma, y que ambos procurarian de grado ó por fuerza atraer á los luteranos al gremio católico, y finalmente, que Margarita, hija natural de Carlos, casaria con el bastardo Alejandro de Médicis, que tomaria el título y soberanía de Duque.

Si bien Francia y España deseaban la paz, ninguna de las dos queria hacer patente la verdadera necesidad que de ella tenia, hasta que dos nobles damas, ambas conecedoras del verdadero estado de sus respectivos países, se encargaron de llevar á feliz término aquella negociacion, para lo cual se reunieron en Cambray.

Eran aquellas Margarita de Austria y Luisa de Saboya, y al tener noticia del tratado de Barcelona apresuráronse á entrar en negociaciones, por lo cual este tratado fue llamado de las Damas, y estaba basado en la antigua concordia de Madrid.

Por él se estipulaba: que por entonces no reclamaria Carlos el ducado de Borgoña, aun cuando se reservaba sus derechos para hacerlo en mejor ocasion; que Francisco pagaria dos millones de escudos por el rescate de sus hijos, entregando antes todas las plazas que poseia en el Milanesado, cediendo sus derechos á la soberanía feudal de Flandes y el Artois, renunciando además á sus pretensiones respecto á Nápoles, Génova, Milan y demás ciudades de Italia, y que una vez ratificado este tratado, celebraria sus bodas con la hermana del Emperador.

Como se ve Carlos procuró asegurar la suerte de todos sus amigos, mientras Francisco dejaba completamente abandonados á los suyos, y la Italia se quedaba libre de la guerra por un buen espacio de tiempo, trasladándose esta á otros países.

Tales fueron los acontecimientos mas importantes ocurridos antes del embarque de Carlos, que como ya hemos expuesto, se verificó en Barcelona á 28 de julio de 1529.





LIT. VIDAL, OLMO, 29

HERNAN CORTÉS

Riera Editor, Barcelona Robador, 24 y 26.



## CAPITULO XXXVI.

Nuevos descubrimientos hechos en América.—Expedición de Juan de Grijalva.—Hernán Cortés.—Preparativos para la expedición de Méjico.—Sale Cortés de Cuba.—El gobernador Velazquez trata de estorbar su conquista.

MIENTRAS en Europa tenían lugar los sucesos que acabamos de referir, en el otro lado de los mares, en aquel otro mundo, descubierto por Colon, seguían sin descanso las exploraciones de nuevos territorios, aventurándose á cada paso valerosos capitanes, en empresas coronadas generalmente por el éxito mas lisonjero.

Al subir Carlos I á ocupar el trono de los Reyes Católicos, era gobernador de la Isla de Cuba el capitán Diego Velazquez, el cual habia ido á aquel punto como teniente del segundo almirante de las Indias, Diego Colon.

Con buena estrella llegó Velazquez á aquel punto, toda vez que á su esfuerzo se debió la mayor parte de su conquista y poblacion, mereciendo por esto el honroso cargo que desempeñaba.

Segun dice el historiador de la conquista de Nueva España, don Antonio de Solis, existían en aquella isla noticias respecto á otros países, no muy lejanos, en los cuales habia grandes riquezas, con lo cual fácilmente se exaltaban las imaginaciones de todos aquellos aventureros que habian acudido al Nuevo Mundo atraídos por la fama de ellas.

La expedición hecha á Yucatan por Francisco Fernandez de Córdoba, aunque poco fecunda en resultados favorables, toda vez que en ella falleció el capitán y la mayor parte de su gente, por la que sobrevivió pudieron tenerse noticias mas ciertas de la existencia de aquellos países.

En su consecuencia, el Gobernador intentó nuevos descubrimientos, y preparando otra expedición compuesta de tres naves, en las que iban doscientos cincuenta soldados, confió el mando de ella á Juan de Grijalva, haciéndose á la mar en 8 de abril de 1518.

En Yucatan, donde desembarcó, dejó completamente vengado el desastre de Fernandez de Córdoba, venciendo á los naturales, y navegando hácia Poniente fue costeano aquella tierra, cuyo parecido con la de España hizo que se le diera el nombre de Nueva España.

Penetró Grijalva resueltamente por el rio Tabasco, en cuyas orillas crecían frondosos y corpulentos árboles, distinguiéndose entre ellos una porción de poblaciones.

Con tanta sorpresa como desconfianza fueron acogidos los españoles por los indígenas, siendo necesario que el jefe expedicionario les enviase unos muchachos que habian cogido prisioneros en la primera excursión á Yucatan, los cuales consiguieron infundir alguna confianza entre los indios, que acudieron al fin á las orillas hasta ponerse en comunicacion con los españoles, cambiando con ellos producciones de su país por las baratijas que estos les daban.

En aquellos productos figuró ya el oro, aun cuando no en gran cantidad, mas, sin embargo, segun Solis, llegó á reunir Grijalva hasta por valor de quince mil pesos, que despues envió á Velazquez en prueba de lo mucho que podia esperarse de aquellas comarcas.

En la isla de los Sacrificios, nombre que la pusieron los expedicionarios, porque vieron en un templo ídolos deformes y repugnantes, y restos humanos, resultado, sin duda, de los sacrificios hechos á aquellas deidades, encontraron casas de cal y canto y otras pruebas de alguna mayor civilizacion que en las islas que hasta entonces visitaron.

Bien hubiera querido Grijalva dejar establecidas factorías en estos puntos, que despues hubieran podido ensancharse; mas las instrucciones que del Gobernador recibiera al partir de Cuba, se lo prohibían, y como quiera que comprendiese que la expedición, dados los elementos con que contaba, no podia extenderse mas, con los tesoros y noticias adquiridas regresó á Cuba.

Al poder juzgar Velazquez por los relatos que escuchaba, y por los objetos que veía, lo importante de aquellos países, del cumplimiento que Grijalva hiciera de sus disposiciones, formó un capítulo de culpas, reconviniéndole severamente porque no habia dejado establecidas colonias en ellos, siendo así que expresamente se lo prohibiera; y con la mayor presteza dispuso una nueva expedición mas poderosa que la anterior.

Preocupábale á Velazquez la persona á quien elegiría para jefe de ella, pues no la quería ni tan ambiciosa y sagaz que pudiera mañana apropiarse y sacar para sí la utilidad de sus descubrimientos, ni tan torpe é imprudente que pudiera comprometer el éxito de la empresa.

Varios candidatos se le ofrecieron, pero todos participaban de aquellas condiciones, hasta que Amador de Lariz, contador del Rey, y Andrés de Duero, secretario del Gobernador, con quienes este consultó, le propusieron á Hernán Cortés, valiente mozo extremeño, natural de Medellín, de ilustre sangre, conocido ya por su valor en arriesgadas empresas, y que, casado con la noble D.<sup>a</sup> Catalina Suarez Pacheco, habia obtenido repartimiento de indios, y la vara de alcalde.

No le pareció mal al Gobernador semejante proposición, y en breve quedó nombrado aquel general de la empresa, dando comienzo á los preparativos para ella.

Si con alegría y entusiasmo recibió Cortés el nombramiento, no menor le produjo entre los isleños y los españoles que acudieron gozosamente á formar parte de la expedición, poniendo el nuevo

general en juego todas sus relaciones y gastando su dinero y el de sus amigos en equipar las naves de cuanto era necesario para el caso.

Los émulos de Cortés procuraron por todos los medios posibles malquistarle con el Gobernador, pero este, por entonces al menos, siguió dispensándole su protección.

Algunos historiadores suponen que la ruptura entre Velazquez y Cortés tuvo lugar antes de emprender la marcha, pues dicen que Cortés abandonó el puerto, con todas las naves, con el mayor sigilo, y en contra ya del Gobernador, pero Bernal Diaz del Castillo, testigo ocular de estos sucesos, los refiere de distinto modo, y tanto á su opinion como á la de Solis, que está conforme con la de aquel, nos referimos.

Inmediatamente enarboló Cortés su estandarte, en el que puso una cruz con esta empresa latina: *Vincemus hoc signo*, que quiere decir *con esta señal venceremos*, y reunidos para la empresa trescientos soldados, y un buen número de nobles, amigos del caudillo, zarpó del puerto de Santiago de Cuba en 18 de noviembre del año 1518.

Pocos dias tardó en llegar la flota á la villa de la Trinidad, en la cual, por tener en ella muchos y buenos amigos Cortés, habian de detenerse para completar su pequeño ejército, consiguiendo que se le unieran varios de aquellos.

En este punto fue donde comenzaron ya á tomar cuerpo, y á manifestarse de un modo violento, las hostiles intenciones de Velazquez, ocasionadas por las continuas sugerencias de los enemigos de Cortés.

Estos, desde el momento en que el General expedicionario se halló lejos de Cuba, volvieron á la carga con mayor empeño, y consiguieron que el Gobernador enviase una orden para que el alcalde mayor de Trinidad, que lo era su cuñado Francisco Verdugo, le desposeyera del cargo que le confiara.

Al saber los soldados lo que ocurría pusiéronse todos de parte de su jefe, resueltos á defenderle si necesario era, pues á todos constaba la injusticia que con él trataba de cometerse, y el mismo Alcalde escribía á Velazquez manifestándole lo impropio de semejante paso.

También Cortés le escribió quejándose amistosamente de su desconfianza y guardando en su carta las formas del mayor respeto y consideracion.

Aumentada su hueste, entre tanto, y dispuesto para emprender el viaje, dirigióse á la Habana, último punto en que pensaba detenerse, para completar su equipaje, pues también allí contaba con muchos y buenos amigos.

Apenas hubo llegado, el gobernador Pedro de Barba recibió nuevos despachos de Velazquez, en que se le ordenaba que procediese á prender á Cortés, quitándole el mando de la armada.

Semejante sinrazón irritó á Cortés y á sus amigos, y extendiéndose la noticia entre el ejército, hubiera podido producir un conflicto en la poblacion, á no ser porque el mismo Gobernador se puso de parte de aquel, comprendiendo lo injusto del proceder de Velazquez.

Desde este momento es desde cuando ya aparece formada por Cortés la resolución de romper con el Gobernador, y forzoso es convenir en que no le faltaba razón para ello.

Activóse la partida de Cortés del puerto de la Habana, y divididas las fuerzas en once compañías, repartidas en los once buques de que constaba la armada, el día 10 de febrero de 1519 zarparon del puerto (1).

En la isla de Cozumel fue donde primero se detuvieron los españoles, pacificando á los indios que se hallaban divididos entre sí, entrando en amistosas relaciones con ellos, destruyendo los ídolos que adoraban, y celebrando ante aquellos naturales, llenos de asombro y admiracion, el santo sacrificio de la misa.

Sabedor Cortés, segun indicaciones que Velazquez le hiciera antes de salir de Cuba, de que en esta isla habia algunos prisioneros españoles, hizo las diligencias necesarias para su rescate, consiguiendo únicamente, y eso merced á una circunstancia puramente providencial, rescatar á Jerónimo de Aguilar, que le fue de gran utilidad mas adelante, cuando le hizo traición el intérprete que llevaba.

El día 4 de marzo partió la flota de la isla de Cozumel, y doblando la punta de Cotoche, llegó al rio de Grijalva, nombre que se le dió cuando la expedición de este.

En este punto fue donde los indios se presentaron ya en ademán completamente hostil.

En vano fue que Cortés, por medio de Jerónimo de Aguilar, les requiriese varias veces con la paz; rechazáronla obstinadamente, y necesario fue emplear la violencia, pues no era prudente volver atrás dejando á un enemigo ensoberbecido con su fácil victoria.

Habido consejo con sus capitanes, Cortés se decidió por forzar la entrada del rio, desembarcando sus tropas, y no alejarse de allí hasta dejar vencidos á sus contrarios, y establecidas relaciones con ellos.

(1) El total de las fuerzas de Hernán Cortés era el siguiente: 110 marineros, 533 soldados de los que 32 eran ballesteros; 13 arcabuceros, 200 indios de la isla, y 16 hombres montados. La artillería consistía en 10 cañones de montaña, y 4 falconetes.